

guida, el corazón singularmente conmovido aunque algo desgarrado.

— ¡Viejo imbécil! dijo entre sí Neoutá mirando la puerta por donde acababa de pasar Cleopatra; á tu edad tener celos y de una criatura semejante. ¿Y por qué causa porque tu imperial amigo ha dicho dos palabras de cortesía á esta maravilla de buen sentido y de hermosura. . . . ¿No sabrás nunca ser viejo? Eras ménos ridículo cuando casaste con ella. . . . ¿Eres ahora ménos ridículo ó crees sencillamente que lo eres ménos?

Y se abismó en una meditacion retrospectiva que no carecia de encanto, y la hora de la comida le vió más alegre, más dispuesto á gozar de lo que la vida le ofrecia aún de gozos, tanto los del alma como los del lujo.

XVIII

La primera sorpresa habia encontrado á Cleopatra sin defensa; habia habido tanta imprevisión en la explosion súbita de aquella pasión, ó á lo ménos tanto secreto en todo lo que la habia destruido el equilibrio entero de la jóven.

¿A dónde la conduciría aquel? ¿Cual seria el resultado de un amor tan extraño, tan poco justificado; para un hombre que apenas ella conocia?

Cleopatra no pensaba en esto; y no es que su espíritu muy claro no se hubiese ya esforzado por arrostrar las consecuencias, sino que no quería ver nada; trataba de reconocerse, sin conseguirlo, y semejante á un ser cogido en un torbellino que gira siempre en un mismo sitio, perdiendo la orientación, preocupado por la idea única de no ser arrojado á tierra, no deseaba ella sino estar sola, á fin de saborear el goce divino del recuerdo de sus primeras emociones de amor.

Estaba cogida, agarrotada en la red de la pasión; ocurriera lo que quiera, ella pertenecía á Uricio, como éste le pertenecía á ella. Ni uno ni otro podrían poseerse en la realidad, pero en el pensamiento no formaban más que un sólo sér. No era esto quizás lo que el amor tiene de más elevado; era con seguridad, lo que ofrece de más irresistible.

Después de una noche llena de quimeras, que pasó muy pronto para Cleopatra, en una especie de sueño, medio despierta, en que la escena del *landeau* se repetía y prolongaba hasta lo infinito, como las arañas de un salón en los espejos colocados paralelamente, se levantó quebrantada, creyendo haber sufrido un acceso de fiebre y pensando volver á la

vida real, cuando subiera de su baño, que solía siempre calmarla.

Se vistió sin prisa, se hizo una elegante *toilette* interior y pasó á la habitación de su marido.

Había éste dormido bien; su humor alegre había reaparecido y parecía dejarle la gota, tanto que abandonó su sillón y dió varias vueltas por su habitación.

La memoria había vuelto á Cleopatra con su ingenio acostumbrado; hizo á su marido la narración de los incidentes de la parada; él pudo saborear á satisfacción todo el lujo de las pequeñas intrigas de la corte y de la ciudad que constituían su principal diversion; así pasó la mañana de un modo delicioso.

Después del almuerzo, el general quiso dormir su siesta habitual; y como la condesa le propuso que se quedaria á su lado mientras él dormía, á fin de que cuando despertara la encontrara allí si su sueño era corto, como solía sucederle, él rehusó galantemente lo que llamaba con el nombre de sacrificio.

—Nó, le dijo, mi hermosa y buena amiga; vuelve á tu cuarto, recibe visitas y vé á pasearte. No tomes la enojosa costumbre de

consagrarte enteramente á mí, y sobre todo no consentas que me acostumbre á no pasar sin tí.

Cedió ella y se volvió á sus habitaciones una vez que estuvo sola, se sintió hastiada toda su alegría, toda su energía acababan de desaparecer. Tomó una labor y la arrojó con impaciencia; un libro nuevo tuvo la misma suerte, cuando después de haber leído algunas páginas notó que no había comprendido nada. Algo rabiosa, abrió el piano y comenzó á tocar un *scherzso* de Chopin, donde de todos los combates de su alma angustiada encontraban un lenguaje ardiente.

Esto era lo que necesitaba; las notas locas semejantes á gritos de socorro, los arrebatos supremos hacía un ideal inaccesible, era la expresión interior de la borrasca que la agotaba interiormente.

Un paso ágil resonó sobre la alfombra del salón con un ruido de espuelas; se levantó como cogida en fragante delito de algun pecado.....

Era Ulrico; casi corría para llegar más pronto al lado de ella. Cleopatra tuvo miedo. ¿No era ya el dueño de ella? ¿Qué sería de la joven si lo demostraba?

En un ademán régio le indicó un asiento, al propio tiempo que ella se sentaba un poco más lejos. Todas las puertas habían quedado abiertas; ninguna expansión, ninguna intimidad podían verificarse. El le tendió la mano, ella le alargó la suya, que guardó el, y Cleopatra comprendió que por mucho que hiciera, la distancia que separaba sus sillones y que apenas permitía á sus dedos tocarse, no sería una distancia más que á los ojos del mundo; para ellos no existía. Se libraron mutuamente por completo en este contacto fugitivo y embarazoso.

— Vamos amigo mío, hay que ser razonable, dijo Cleopatra tomando un aspecto de hermana mayor muy seria. Ayer usted..... y yo nos hemos dicho locuras; creo que el sol nos había embriagado un poco. Ahora se trata de volver á la razón.

— Señora, dijo lentamente Ulrico, la adoro desde el momento en que la ví por primera vez; era la noche de Pascuas, en la capilla del Palacio. Después no he pensado sino en usted; he vivido para saludarla ó para verla pasar, cuando sus ojos no se detenían en mí. No hay que hablarme de locura ó razón.

—¡Amigo mío! dijo la condesa en tono supplicante.

Y se detuvo, ¿qué podía decirle? Ella sabía que él no exigiera en nada la verdad.

—Me dirá usted que es casada.

—Sí, interrumpió vivamente Cleopatra; estoy casada con el mejor hombre del mundo y.

Lo sé. ¿Cree usted que desde hace un mes no he pensado todo lo que es posible pensar para no llegar hacer lo que he hecho ayer! Está usted casada. Mi amor es un crimen, se llama adulterio; pesa sobre mi conciencia tan gravemente como puede pesar sobre la suya. Pero mi amor es superior á mis fuerzas, superior á usted está, por cima del honor, de la religion misma. La amo y es necesario que sea usted mi mujer.

¡Su mujer! Cleopatra creyó sentir el suelo temblar bajo sus pies. Había retirado su mano; él la tomó para guardarla un instante no más.

—Sí, mi mujer. Tenemos el divorcio en nuestros países. Es necesario que estemos casados en seguida. No quiero hablarle de faltas ni de secretos; eso no sería digno de usted ni de mí. Casi no me conoce usted,

pero ¿qué importa, puesto que me ama! Yo sí la conozco á usted; sé que es usted altiva é inmaculada, sé que es la más respetada de las mujeres de la corte. No debe decaer; quiero llevarla á mi casa con la misma consideracion que tiene hoy aquí. Sin esto yo no la hubiera hablado, me hubiera antes muerto.

—¡Ah! murmuró Cleopatra, eso está muy bien.

—Pero, repuso él apasionadamente, la adoro. Usted no sabe qué cosa es adorar así, con exclusion de todo lo que era antes la vida... ¿Y usted, querida, ha amado?

—No, respondió Cleopatra.

Era cierto, jamás habia amado. ¿El deseo de ser gran duquesa tenia algo de comun con lo que experimentaba ahora? Y el sentimiento que habia dispensado antes á Boris ¿podia compararse con la pasion que la subyugaba?

—Es menester, repuso el jóven, que usted se arregle para quedar libre; yo soy menos, mucho menos rico que usted ¿le importa algo?

—No, dijo ella; una vez que sea libre, no tendré ya nada.

—Pues bien, ¿entonces no me diga usted

nada de lo que piensa? dijo él con impaciencia.

Cleopatra hizo un esfuerzo violento sobre sí misma y se levantó:

—¡No puedo abandonar á mi marido! dijo con alguna cólera. Usted habla como aquel á quien nada le cuesta. Pero yo.....

—Es que usted no me ama aún lo bastante, respondió el jóven desalentado. ¡Si usted me amara como yo la amo!....

—Nada sé de eso, exclamó, ¿cómo habria de saberlo? Jamás he imaginado una situación parecida. Yo sé solamente que el conde es mi bienhechor, que me ha sacado de la pobreza, de los cuidados, de otras muchas cosas más; sé que soy la alegría de su vida, y que no puedo quitársela.

—Usted es la alegría de la mia, dijo Ulrico muy por lo bajo, fijando sobre los ojos de Cleopatra los suyos, llenos de ternura y de pasión.

—Sí, dijo la jóven con impaciencia; pero lo que usted me pide, y que le parece tan sencillo, seria por mi parte una infamia.

Ulrico se levantó muy pálido.

—Quizás tenga usted razon, dijo; no habia pensado más que en nosotros..... nin-

gun deber me une con persona alguna..... Usted es otra cosa.... Perdóneme que haya turbado su reposo.

Iba á salir. Ella dió un paso entre él y la puerta.

—¿Dónde vá usted? preguntó.

El respondió con un ademán de extravió.

—¿Lo sé acaso? ¡Pero qué importa! Voy á volverme á mi país....

—Yo no quiero, no lo quiero, exclamó ella en un raptó tal, que él la cogió entre sus brazos.

—¿Luego me amas? la dijo en un acento de inefable ternura. ¿Tú tambien tienes necesidad de mi presencia para amar la vida? Déjame tutearte. ¿No somos novios?

La jóven sentia derrretirse; sus fuerzas desfallecian; quiso morir de aquel modo. El quiso besar sus labios, pero ella se arrancó de sus brazos.

—No, no, dijo Cleopatra muy de prisa y por lo bajo. Nada de esto; me mataria..... Comprendo que no podré soportarlo.

Habia caido en un sillón; él la habia cogido las manos, que besaba, y que ella quiso retirárselas.

—No sé lo que tengo, dijo la jóven son-

riendo, como para que la perdonara. Creo que es consecuencia de la vida de bailes y de vigiliias que he llevado este invierno. Estoy tan débil, que pienso que voy á morirne.....

—Querida mia, vivirás; verás cuán hermosa existencia te dará mi amor. ¿Entonces quieres que me quede?

—¡Sí!

—¿Y no quieres ser mi mujer?

—Más tarde, dijo levantándose, aunque vacilando aún. No hablemos de eso ahora. Ulrico, nada sé de la vida..... Quiero decir que hay ciertos misterios de la vida que me son desconocidos. Déjame que reflexione. Yo te hablaré de mí algun dia, y entonces comprenderás por qué tu..... tu amor me encuentra tan poco aguerrida..... Creia no haber amado jamás; habia desterrado el amor de mi existencia.... ¡Cómo se venga ahora!

Tímida, sonrojada, como una muchacha de quince años, ella tendió su mano á su amante.

—Déjame que lo aprenda todo, pero lentamente, dijo; estas emociones demasiado vivas me matan..... He ordenado demasiado quizas mi sensibilidad.... Apenas podia

ejercitarla en el mundo oficial en que he vivido..... No sé lo que le diré dentro de algunos dias, pero hoy déjeme que reflexione....

Su pensamiento se tornó bruscamente hacia el general.

—No quiero ser ingrata ni cruel, continuó Cleopatra con melancolía.... Quisiera arreglar mi dicha sin turbar la de los demás.....

La fisonomía de Ulrico expresaba bastante claramente que aquello le parecia imposible.

—Más tarde, más tarde, dijo ella respondiendo á la mirada de él. Por el momento sepamos contentarnos con ser dichosos.

Ulrico se marchó con pesar, porque comprendió que ella le despedia.

—¿Hasta mañana? le dijo.

—No lo sé, no..... En todo caso, aquí no..... Venga usted dentro de dos ó tres dias.

—¡Dos ó tres dias! ¡Sin verla?

Ella tomo un aspecto grave.

—Si nuestro porvenir debe ser lo que usted desea, le dijo, tendrémos que someternos á otras pruebas más difíciles.....

Y salió. Cuando Cleopatra se quedó sola, prohibió que entrase nadie, y trató de reflexionar, aunque sin poder conseguirlo. Reclinada en un divan, se durmió dulcemente despues de una corta meditacion, sin saber si el anonadamiento que la dominaba era sueño ó síncope..... Poco le importaba, por otra parte; la muerte misma no le arredraba, ¿no vivia ya fuera del mundo real?

Cuando se despertó, su gabinete estaba casi obscuro; un poco de claridad venia del techo, reflejo de los mecheros de gas de la calle. Costóle trabajo cobrar ánimos, tan extraño le parecía el estado de su alma. Despues de un corto cavilar, cobró alientos al fin; y toda via sola, en aquel asilo mudo, meditó durante algunos minutos.

Casi reprochaba á Ultrico haber precisado la situacion, haber indicado un desenlace, en suma, haber hecho una realidad de aquel ideal que hubiera deseado que hubiese cernido solo en el éter, ¿Habia algo mejor que aquellas primeras emociones del amor, cuya frescura constituye el principal encanto? Su violencia misma, que la aterraba, le daba la deliciosa sensacion de un peligro constante; sentia que su ser era frágil y no estaba segu-

ra de no morir miéntras que él apretaba sus labios sobre las manos de ella. ¿Seria menester habituarse, hastiarse quizás, perder al cabo aquella alegría, sin estar segura de reemplazarla por otra?

Mientras que echaba una ojeada á su atavio, antes de comer, su turbacion se calmó poco á poco, y la dicha nacida la víspera se estableció por cima de sus agitaciones, al modo con que el agua de un hermoso lago se apacigua cuando viene el buen tiempo.

¡Cuánta riqueza ponía el amor en su vida! Ella experimentaba la sensacion de un lujo nuevo, algo comparable á la suavidad del terciopelo de los hermosos abrigos en que uno se envuelve á los primeros mordiscos del frio. Parecia haber sido hasta aquel dia una mendiga aterida, estacionada á la puerta de los palacios, pero que, acostumbrada á su miseria, la soportaba sin sentirla. Ante ella acababa de abrirse un mundo encantado lleno de perfumes, de telas sedosas y suaves, de calor, de luz.... y penetraba en él, dulcemente estupefacta, rodeada, sobrecogida por el sopor de aquel bienestar desconocido.

Una de sus primeras impresiones, extrañas seguramente, pero muy sincera, fué la

necesidad de compartir su alegría con el general Neoutof. De la misma manera que en la primera época de su matrimonio, acudía instintivamente á él siempre que encontraba en su habitación ó en su gabinete una joya, un libro, un ramo, ansiosa por darle las gracias, ó porque compartiera su contento; del mismo modo le parecía muy natural correr al lado de su amigo, de su confidente, para decirle: "Una gran dicha me sucede, ¡amol!" Una especie de esfuerzo le fué necesario para retener una imprudencia tan tentadora. Tenía necesidad de que compartieran su gozo.

Se ha reprochado mucho la deplorable costumbre que tienen los enamorados de expandirse en el seno de algunos confidentes cuando la prudencia más elemental les ordena guardar silencio absoluto. Esta severidad proviene quizás de que no se ha estudiado bastante las necesidades de la naturaleza humana.

La pena tiene las lágrimas por expresión, se puede llorar solo, el verdadero dolor hasta exige la soledad; pero la alegría no puede pasarse sin una expansión exterior, es comunicativa, quiere que se le responda, que se le

cumplimente.... Es por eso por lo que los enamorados parecen charlatanes y ridículos..... cuando no se está enamorado de vera.

Cleopatra no podía confiarse á nadie. Se esforzó por absorberse en otra idea, á fin de ser semejante á sí misma. No era fácil; pero logró aparentarlo con su marido, cuyo buen humor se había conservado. Algunos amigos vinieron por la noche y cuando se retiraron, la jóven estaba harto fatigada para pensar en otra cosa que no fuera su reposo.

Otro dia salió para tomar el aire, y en el muelle de la corte se encontró con Ulrico. Era aquel el paseo favorito en este momento, donde se tenía la seguridad de ver desfilar á todo el gran mundo. Cambiaron un saludo, acompañado de una sonrisa de Cleopatra. Esto era poco, pero valia algo más que nada, segun dijo entre sí la dama. Ulrico pensó que tal conducta era una crueldad gratuita y que debía á lo menos haberle invitado para tomar el té aquella noche. Pero el jóven perdió su tiempo y sus reflexiones.

Al dia siguiente sucedió lo mismo; el jóven tomó una leccion bien útil. Su pasión le habia llevado tan lejos de los límites de las

conveniencias, que no pensaba siquiera en los espectadores, que podrian observarlo. Educado en la soledad, niño salvaje y sin amigos, era, no obstante, lo que se llama un hombre de la buena sociedad: su madre era demasiado gran dama para no haberlo perfectamente educado; sabia y observaba, casi sin reparar en ello, todo lo que se debe uno á sí propio, y todo lo que se debe á los demás que le rodean. Pero las preocupaciones del qué dirán, los juicios emitidos por un tercero, no sobre vuestros actos, sino sobre vuestros pensamientos, he aquí lo que Alsen ignoraba completamente. Se contentaba con ser un hombre galante, al mismo tiempo que un hombre honrado, y obrando lealmente, no pensaba que una accion de él pudiese ser interpretada mal.

La idea de que la mujer á quien amaba podia ser mal juzgada por los indiferentes, á causa del sentimiento que él experimentaba por ella, se le apareció de repente como un rayo de luz; aquel mozo de veintiseis años comprendió de pronto que no se hallaban solos en el mundo. Al hablar á Cleopatra del respeto de que se hallaba rodeada, no habia pensado más que en darle una prueba más

de gran estima; viéndola obligada á hablar con diez personas, á saludar á veinte importunos, ántes de poderla dirigir un movimiento de cabeza, se dió cuenta del peligro al cual la exponia una adoracion tan evidente como la que él la habia demostrado hasta aquel dia.

Una señora vieja, muy lista, decia de una pareja muy calumniada: Nada hay de culpable entre ellos, lo juraria, porque se miran. No hay que desconfiar, sino de los enamorados, que en el mundo ya no se miran.

Por exceso de prudencia, Alsen estuvo á pique de comprometer á Cleopatra, porque de pronto, asediado por sus remordimientos, tomó una gran resolucion, y pasando de un extremo á otro, afectó no mirarla. La jóven habia observado en otros estos manejos de enamorados, astucias inocentes que no engañan á nadie; pero ella cayó en este lazo, y de pronto creyó que habia ofendido á Ulrico.

—Venga usted mañana, le dijo deteniéndose para darle los buenos dias.

El bajó los párpados sobre sus ojos sobrado brillantes, y respondió con un saludo ceremonioso. El gran duque Boris venia á su encuentro, y los miró con cierta atencion.

Cleopatra parecía cambiada, ménos segura de su imperio; ya no era la altiva indiferente, sino una mujer turbada.

Con una mirada, aquel fino observador de las mujeres adivinó todo, ó poco ménos; la idea de una pasión profunda, no cruzó si quiera por su cerebro, pero sí creyó que la condesa había sido tocada por el vengador Cupido, segun él se dijo con una ligera sonrisa.

—Pues bien, concluyó él intèriormente, ese jóven es bastante hermoso para que ella esté enamorada de él. Es un poco vulgar, y eso desacredita á la altiva estátua, pero Necu-
tof debía esperar esto.....

Pasó al trote largo de su caballo, devolviendo los saludos con un ademán lleno de nobleza y de gracia, y Cleopatra se sintió más libre, al ver que no había vuelto la cara.

El día era hermoso; muchas damas lo aprovechaban para tomar el aire. Irene no podía faltar. Hizo su aparición del brazo de su marido, que engordaba cada día más, mientras que ella enflaquecía.

—¡Ah, encantadora cuñada! dijo Charamirof, encantado de verla. ¿Qué te pasa? Nadie te vé.

—Mi marido no se halla muy bien, y le he hecho compañía, respondió Cleopatra, sin embargo, estuve en la revista de Mayo. ¿No me han visto ustedes? Tendrian otra cosa que hacer.....

Irene miró á su marido con la expresion de una violenta inquietud. Desde hacia algun tiempo, la esposa se imaginaba que le engañaba, y hubiera dado con gusto la reputacion de su mejor amiga, por saber con quién. Pero Cleopatra y el inculpa-
do, parecian los más inocentes del mundo.

—Mi querida Irene dijo Charamirof; puesto que hemos tenido la buena fortuna de encontrar á tu hermana; os dejo juntas, tengo que dar una vuelta por la Perspectiva, y ya sabeis que con damas no es lo más propio..... Sin que nos digamos adios.....

Y desapareció con una ligereza que no se hubiera esperado de su imponente persona, dejando á su mujer una inquietud redoblada, á su cuñada unas pequeñas ganas de reir cuidadosamente disimuladas.

—Se ha eclipsado, dijo Cleopatra; marchemos un momento juntas, ¿no es eso Irene? Esto sentará muy bien; es hermoso que se vea á las familias distinguidas unidas.

E indicó imperceptiblemente el Palacio de Invierno, á cuyo lado pasaban en aquel momento.

Irene pensaba en su marido y no respondía.

—¿Y tu hijo? preguntó Cleopatra.

—Gracias, está muy hermoso. ¿Y tu marido?

Así cambiaron las cortesías indispensables, sin preocuparse mucho de las respuestas.

—Iba á decirte que estaba bueno, pero no sería verdad. En esta última época le ha molestado mucho la gota, pero se encuentra mejor.

—Yo me alegro, dijo Irene con el mismo tono que hubiera dicho "¡Me es igual!"

Después de un silencio, añadió:

—Dime, Cleopatra, ¿tiene ochenta años tu marido?

—No, querida, todavía no; setenta y siete solamente.

—Ya es una edad avanzada.... Pronto serás viuda.

Cleopatra se estremeció. Viuda libre.... sí, eso debía suceder; solamente, ¿sería pronto ó sería tarde?

—¿Por qué me dices eso? le preguntó.

Irene la miró con sorpresa.

—¿No encuentras eso natural? Pues sí querida, no se puede tener dos opiniones sobre eso. Te casarás, así lo espero.

—Quizás, respondió Cleopatra, mirando como corrian las olas azules, chispeantes, del magnífico río.

—Tú dices: *quizás*; yo digo: *es lo cierto*. Cuento con que buscarás un marido joven, muy guapo.

—¿Por qué? murmuró la condesa.

—Porque ya ves, querida, después de la cuaresma se da una con facilidad indigestiones.... ¿No sabes á donde habrá ido mi marido?

—No, respondió Cleopatra, que hallaba la conversacion de su hermana algo deshilvanada.

—Pues bien, yo creo que está dándose una indigestion. ¿No comprendes? No importa; tú no has tenido jamás una inteligencia muy pronta. A dios, me vuelvo, siento frio.

Se estrecharon las manos y se separaron. Cleopatra pensaba:

—¿Qué cosa tan singular es el parentesco! dijo entre sí. Entre mi hermana y yo no hay la sombra de un átomo de simpatía, y

Ulrico, á quien no conozco, por decirlo así, me es tan querido, tan querido.....

El rayo de sol evocado por ella la reconfortó hasta su casa.

Al entrar encontró la casa con un aspecto extraño. El ayuda de cámara no estaba en su puesto en la antesala; las puertas estaban abiertas.

Avanzó; un olor de éter llegó á su olfato instantáneamente; con el corazón oprimido, con una especie de impaciencia nerviosa, se fue directamente al cuarto de su marido. A la entrada del despacho encontró al médico.

—¿Qué hay, doctor? le preguntó preparada á todo.

—Tranquílese, señora. Su marido ha tenido un síncope; se creyó que era un ataque de parálisis y fueron á llamarme; por dicha no ha sido nada. El general estará completamente bien dentro de dos ó tres días.

Y la saludó y salió como hombre apresurado cuyos minutos están contados.

Cleopatra permaneció un instante inmóvil. ¿Neotóf había estado, pues, malo?

Aquel médico le ocultaba quizás la verdad. Apenas osaba pensar en nada. De pronto,

tomando una resolución, entró en el cuarto del enfermo.

—¡Alegría de mis ojos! dijo muy por lo bajo el enfermo, tendiéndola débilmente la mano; tu anciano esposo acaba de ser una vez más engañado por su vieja querida la muerte.....

—¡Loado sea el Señor! respondió la jóven con fervor sincero.

No, decididamente no podía pensar con frialdad en ver morir á aquel hombre.

Y su corazón desgarrado parecía sangrar por todas sus fibras.